

I

Viajé por el mundo de los sueños.

Estuve ahí; en los anhelos de muchas mentes jóvenes y mayores, en las ilusiones de millones de adolescentes que solo ven el glamour y olvidan el fondo, y di una vuelta en el carrusel de la quimera, el lujo y la belleza, en el que sus figuras han sido moldeadas sobre bases demasiado débiles para tantos giros. Pero jamás pensé ni me preparé para la malévolamente perversión, las drogas, los abusos sexuales ni mucho menos, para entregar el guión de mi vida a las manos de maliciosos ladinos. Para ellos somos marionetas, doradas esfinges que contornean sus cuerpos para producir dinero hasta que se pierden en el ocaso.

Pensar en una chica que a los dieciocho años abandona todos sus proyectos para iniciarse en el, tan ligeramente considerado, frívolo mundo de la moda, conduce a imaginar una personalidad con unos objetivos y reflexiones muy poco leales a las inquietudes que dentro de ella se debaten; sin embargo, lo entiendo. El reflejo que se vislumbra a los ojos de sus soñadores es tan sesgado que los fustigadores de lo estético simplifican el inteligente razonar de sus jóvenes

ángeles, construyendo una dura sátira contra el infundado simplismo intelectual.

Esa nube de pasarelas, fotografías y entrevistas conforma un cielo hechicero con un *modus vivendi* demasiado temprano en unas cabecitas todavía por madurar. La gente olvida partir de la primera premisa: bajo esos cuerpos tan envidiados como con frecuencia poco aprovechados, se encuentra una niña que camina firme en un mundo de adultos que sólo valorará su esplendor físico. Y aquí es donde radica el error: andar sin saber a dónde ni por dónde, iniciar una carrera olímpica sin entrenador ni preparador.

Yo fui una de ellas. Me adentré en la vorágine de viajes con un salto tan rápido que no me dio tiempo a ver el precipicio. Tenía una vida tranquila dividida entre mi pueblo y la ciudad más próxima en la que se encontraba la Facultad de Derecho, carrera por la que siempre tuve clara mi vocación. Lo cierto es que nunca me atrajo la moda, ni ir de compras, ni preocuparme por la última tendencia en maquillajes. Sigue sin gustarme. No me interesaban las modelos ni sus nombres pero, de manera casi inevitable, las conocía. Sus rostros, algo más que hoy, aparecían en las portadas de todas las publicaciones, en las vallas de medio mundo y en cualesquiera canales de televisión. Eran, y son, las diosas. Las niñas las veneraban, las mujeres las envidiaban y los hombres las deseaban.

Mi vida era sencilla, como la de cualquier otra chica. Tenía novio: Luis, un joven zaragozano trece años mayor que yo, con el que coincidí a los diecisiete en mi pueblo. Él entró en mi vida acelerado, como lo hizo en la peña "El cachivache" en las fiestas de septiembre de ese precioso rincón de Teruel llamado Andorra. Apareció sonriendo, se sentó sobre un (...)